

y los caucanos se levantaron tal vez temiendo que la intención de los cachacos era apresarlos. El oficial al mando del pelotón no demostró ningún interés a ese respecto. Se dirigía a San Carlos, en misión oficial, a recoger las armas que habían depuesto los guerrilleros de Lorenzo, pero se habían visto obligados a hacer escala en la isla porque El Chucuito, vaporcito anticuado en que viajaban, había sufrido una avería. Mi tata recibió la orden de zarpar hacia San Carlos y encargarse de transportar en el clapé las armas depuestas por el ejército insurgente y estar a la orden para emergencias imprevistas pues El Chucuito debería permanecer en la isla mientras lo reparaban. A sabiendas de que el clapé no estaba en buenas condiciones, mi tata resolvió zarpar al amanecer y exigió por escrito las instrucciones. Libando tragos en democrática camaradería, el oficial fue dando informes de los últimos acontecimientos de la guerra. Las negociaciones de paz habían llegado a buen fin. Se había firmado el Tratado del Wisconsin y la concordia renacía en el país. El crucero Boyacá surto en San Carlos, transportaría las tropas y mi tata las armas.

En ese instante penetró en la cantina Néstor Ladera y fue a sentarse a una mesa retirada. Débora, al acercársele, lo notó ebrio y afligido. No era habitual ver a Néstor Ladera en tragos y mucho menos en tal estado de desesperación. Algo bien raro debía ocurrirle. Débora trató de consolarlo muy cariñosamente quedándose junto a él. Aún empavorecida por la escena anterior, la Nana se preparó a servir las bebidas y, dirigiéndose al viejo que aún se notaba receloso, mintió explicándole que el maestro acostumbraba repararle las clases de religión a Débora.

Ésta comprendió que Néstor necesitaba desahogarse con alguien e íntimamente se encomendó a los santos pues dispuso aprovechar la ocasión que le brindaban para granjearse la simpatía de Néstor, quien prefirió abstenerse de chupar más. Según dijo, ya había bebido demasiado a impulsos del estado de desesperación en que se hallaba.

—Tú eres la única que podría comprenderme. Débora, yo sé que tú me quieres. No vayas a pensar que sea tan bobo o que me distraiga tanto, que no me haya enterado de tu amor. Es muy frecuente que las alumnas se enamoren de sus maestros, pero yo sé cumplir con mi deber. No creo haber cometido culpa alguna al casarme con mi prima Chabela. Con la Ley he cumplido, pues me casé por lo civil. Las tías, confabuladas, insisten en que sacrificemos el matrimonio. Como no creo en los curas, las mandé a los infiernos, Chabela ha preferido someterse al criterio de esas beatas abandonándome por devoción a su familia. Todo mi porvenir se ha derrumbado.

Aprovechando la angustia del maestro, Débora comenzó a insinuársele de modo casi obsceno.

—A mí nada me importa que estés casado. Sólo quiero ser tuya. Tú eres quien cada noche me posee, no ese otro idiota.

Néstor, aún ebrio como estaba, captó la antífona.

—Lo que debes hacer es estudiar y hacerte digna de un matrimonio honrado si quieres ser mujer de respeto, no como tu mamá que siempre ha andado por muy malos caminos de cabaret en cabaret con el pretexto de cantar y bailar con su otra hermana gemela que es tan puta como ella. Es difícil que puedas continuar estudiando pues, según veo, ya estás preñada. Tú eres una mujer predestinada a seguir el camino de la prostitución y del infierno.

Débora, al verse desdeñada, se echó a llorar sumisamente.

—Te he dado un buen consejo —insistió Néstor—. No olvides que, pase lo que pase, yo soy educador y trataré de salvarte.

Se levantó como sonámbulo y, dando tumbos, salió del bar rumbo a la noche.

Los milicos se despidieron obedeciendo una orden del oficial y, todos juntos, con él, se dirigieron hacia el muelle para dormir en El Chucuito.

Boló Cuchiye y Gago Pinto decidieron seguirlos pues querían descansar con el objeto de levantarse muy temprano y alistar el clapé.

Débora les sirvió cerveza al tata y a la Nana.

—Ya sé que estás preñada —le dijo el viejo, acariciándola lujuriosamente—. No tienes que decirme quién lo hizo. Se salvó de milagro. Me tiene miedo, porque veo que se ha ido. Ya arreglaremos eso. Como yo soy casi tu tata, creo que ustedes han cometido incesto.

Dejándose acariciar del viejo, Débora fingió sentirse compungida.

—Aprovechando que yo dormía indefensa. Goyo...

—No digas nada. Tú no tienes la culpa —dijo el viejo.

Fífila rezongó:

—Te hiciste la dormida cada noche para que él continuara aprovechándose.

Al decir eso, la Nana miró hacia el bar. Goyo no estaba. Había escapado. Pensó, seguramente se fue a esconder con sus amigos.

—No le hagas caso, Débora —dijo el viejo— ¿Qué parte de la Biblia te enseñó hoy el maestro? Vi que te estaba regañando.

—Me estuvo repasando el pecado de Sodoma y Gomorra —contestó ella, mintiendo—. Las dos hijas de Lot, emborrachándolo, cohabitaron con él y ambas concibieron del tata.

—Por lo que veo, la Biblia enseña malas costumbres— dijo la Nana.

—La Biblia siempre da buenos ejemplos —dijo el viejo—. Ya te dije que soy casi tu tata. Nunca lo olvides, Débora.

—Ya es muy tarde —dijo de mal humor la Nana—. Mejor es acostarse. Apaga, Débora. Deja un candil prendido como siempre. Vete a tu cuarto y duérmete. Yo me siento rendida. Creo que voy a dormir hasta mañana.

Muy extrañada de que el viejo se mostrara tan plácido a pesar de la notoria preñez de Débora cuyo asunto con Goyo quiso evitar el viejo, y ella, al contrario, propició, la Nana entró a su cuarto.

—Déjame solo Débora —dijo el viejo—. Yo seguiré en penumbra dándole al trago. No tengo sueño. Quiero acabarme esta botella.

Débora, que estaba nuevamente despechada, se alejó no sin antes sonreírle de modo pícaro. El viejo, viéndole las caderas atractivas, tuvo celos del hijo.

Esa noche, a altas horas, al oscuro y a tuestas, llegó al lecho de Débora. ¿Quién es? dijo ella, despertándose. Él le repuso: ¡Lot! Y entró en la Biblia.



## **DECÁLOGO TERCERO**





## Elecciones espurias

El hecho de que Cristobalina Olaya no aceptara medicarse con el doctor Ladera era el mejor indicio de que le remordía la conciencia por las mil injusticias debidas a su esposo el alcalde Chinino Olaya durante la última campaña política confabulado con varios correigionarios trcaleros.

Cuando Marino Olaya, de visita en la isla, se me acercó diciéndome: Don Plácido, traigo el encargo de dirigir las elecciones, pensé lo peor, pues en efecto no hizo otra cosa que inclinar la balanza a favor del candidato oficial en cuya nómina figuraba él mismo y, claro hizo caso omiso de quienes militábamos en las filas de la oposición.

La controversia fue agitada y violenta, sobre todo porque valiéndose de toda clase de artimañas los testaferreros del Gobierno trataron de impedir las inscripciones de nuestros partidarios. La consigna oficial era apocar a los liberales. Se nos extorsionaba con tal cúmulo de iniquidades que ya habíamos resuelto el levantarnos en armas a la más leve oportunidad.

El domingo escogido para las elecciones los ánimos estaban exaltados a causa de los mil atropellos que cometían a troche y moche los gobiernistas quienes seguramente olieron lo del levantamiento pues pidieron refuerzos. Con todo y eso, el triunfo del candidato oficialista se veía muy dudoso puesto que hasta los pocos empleados públicos habían dispuesto votar contra el Gobierno.

Los refuerzos, que llegaron temprano, se quedaron a bordo en espera del momento oportuno. Las votaciones se fueron efectuando desde por la mañana con cierto orden pero muy tensas.

La mesa de votación principal estaba enfrente de la Alcaldía cuyo balcón había sido convertido en mirador y cantina. Desde allí como desde una

barrera veían los toros Marino Olaya, el Ñopo Juan (que afirmaba tener derecho a voto por adopción de nuestra ciudadanía), Papa Chente, Chinino, Mingo Ceballos y otros más. Quienes formaban parte del Jurado subían de vez en cuando a echarse un trago.

Cairote, ya borracho, comenzó a amedrentar a nuestra gente cambiándoles los votos con el mayor descaro. Por la menor protesta alzaba el palo y había que obedecerle sin chistar. Ebrios como él, los del Gobierno alborotaban desde el balcón de la Alcaldía. Querían robarnos de todos modos las elecciones. Aquel abuso no podía continuar.

¿Dónde estarían Chago Manuel Ladera, Beto Cárcamo, José Calandraca, Lócoro, Catarnica, Barrejobo? ¿Dónde, Felipe y sus eternos compinches? Comenzamos a sospechar una celada. A lo mejor ya los refuerzos habían desembarcado y estaban arrestando a los nuestros. Eran capaces de alguna bribonada con el firme propósito de jodernos.

Subidas a un barranco, las mujeres del pueblo condenaban a pleno grito las tropelías y las chicanas. No contentas con proferir y echar mil pestes contra Cairote, conseguían que sus hijos disparasen sus biombos a hurtadillas de modo tan certero que el policía, furioso, hizo un disparo. Como cosa de magia, Felipe apareció en ese momento y le asestó una trompada. Enseguida se formó la follisca. Piedras, palos y golpes competían con disparos.

Los compinches de Pipe lanzaban proyectiles desde los callejones. Beto Cárcamo, Chago Manuel Ladera y el Mogo habían logrado desenterrar sus armas y las usaban disparando desde unas ventanas. Las mujeres arrojaban sus piedras con tan segura puntería que quienes se encontraban en el balcón de la Alcaldía no hallaron más remedio que escabullirse cerrando amedrentados las puertas.

Era inútil que Plácido Ladera procurara pacificar los ánimos suplicando cordura. Nadie escuchaba y la trifulca seguía. De repente subieron de la playa los refuerzos, y las descargas de los máuseres sembraron el terror en las mujeres que, aullando a voz en cuello, se echaron a correr con las canillas al aire.

—¡Huye, carajo!

—¡La policía!

—¡Asesinos!

Se armó la dispersión y el despelote del sálvese quien pueda.

Nuestra gente, que no podía enfrentarse a la Guardia, creyó más oportuno dejar el campo libre.

Los disparos fueron cesando poco a poco.

La votación barrió de modo casi unilateral pues solamente seguían depositando sus votos los correligionarios del Gobierno.

Los agentes del orden comenzaron a requisar las casas, los más nimios rincones y aun los montes. A todo liberal sospechoso de haber contribuido al motín, acusándolo de subversión, lo embarcaban con rumbo a la ciudad. Solamente las damas, por el hecho de serlo, salvaron el pellejo.

Marino Olaya rompió los sellos de las urnas, descerrajó el candado y las llenó con votos del candidato oficialista. Votos recién salidos de la imprenta, aplanchaditos. Un paquetazo en toda regla con sus puntos y comas. Según las actas del registro electoral toda la isla de modo placentero y unánime votó con el Gobierno. De acuerdo con el sesudo informe la población de la isla, casi como arte de birlibirloque, se había centuplicado. Nada tenía de extraño tal portento pues en las listas aparecían los nombres de los múltiples muertos de medio siglo atrás y otros de su mismo apellido adicionados con los de muchos santos del almanaque Bristol.

Chago Manuel Ladera, los mellizos Camargo, Catarnica y una parranda de ellos quedaron en chirona. Felipe y su pandilla se salvaron porque pusieron pies en polvorosa y se escondieron en cierta cueva o gruta lejanísima cuyo acceso además de ser difícil era en extremo peligroso.

El Gobierno ganó las elecciones. En la isla celebraron el triunfo con buenos lamparazos y abundancia de cohetes.

Cuando esa noche Cairote bien borracho iba subiendo casi tientas por el callejoncito de los Cárcamo, alguien que no se supo quién carajo sería le asestó entre las sombras una tremenda puñalada en la nalga. Poco faltó para que se le gangrenara la pierna y estuvo a punto de que se la cortaran. Don Plácido Ladera jamás fue amigo de rencores ni de torpes venganzas. Por eso él mismo lo curó.

Bien supuso Cairote que el heridor no pudo haber sido otro que se maldito negro Chompipe, pero se abstuvo del desquite obedeciendo a un úcase del Ñopo. Convencida de su atractivo carismático, Chon Candela

amenazaba al gallego con separársele y además acusarlo de lo del contrabando si le pasaba algo a Felipe.

Aunque hubo heridos y contusos, los ánimos se calmaron muy pronto gracias a la hidalgía del padre Brito y a que sus brindis con vino de consagrar sirvieron para que contemporizaran ambos bandos.

Debido a la chicana de Marino, el candidato oficialista obtuvo el triunfo con una mayoría abrumadora según dijo la prensa, noticia que también difundieron los distintos periódicos de la oposición.

El nuevo Presidente reconocía deberle el triunfo a la isla y, desde luego, les concedió el indulto a los presos. El Mandatario se sentía de tal modo agradecido que desde el mismo instante en que Marino (ya en su categoría de Ministro y de Primer Designado) le pidió el monumento no tuvo inconveniente en concedérselo, prometiéndole de ñapa un modernísimo edificio para la escuela. ¿Quién le negaba nada a la isla? Hasta contribuyó con materiales para el famoso pedestal de la estatua e hizo la vista gorda cuando supo lo de las dos casitas que, por ser hijas de Pizarro, nada tenía de extraño que las llamaran las pizarras. Por supuesto que en tales pizarritas no se podía escribir el abecé ni mucho menos el Ave María «pues el ave que cante corre el peligro de que la encierren en la jaula».

Como bien dijo el padre Brito, no era posible que la cordialidad y los festejos del monumento al muy ilustre Comendador Pizarro fueran a interrumpirse por fruslerías de pacotilla. Por eso Plácido no podía explicarse la pertinacia de doña Cris en impedir que él se encargara del caso. Como si yo estuviera muriéndome por hacerla orinar. Habrase visto. Que reviente si quiere. Sin embargo, a pesar de que deseaba despreocuparse tenía ya la obsesión de los riñones, la vejiga y la albúmina de la opulenta Cristobalina Olaya.

Recordó haber curado esa dolencia con té de barbas de maíz. A toda costa debía salvar la intransigencia de la obtusa señora, de lo contrario no viviría tranquilo por todo el resto de su vida. Qué le vamos a hacer, tengo en la sangre la inocente manía de ser humano. Quiero sentirme igual los pocos años que aún me deje la muerte. Siempre he sido hombre de buena voluntad. No he hecho otra cosa que hacer el bien. Seguiré haciéndolo. Ya he dicho que mis últimas palabras cuando me llegue el turno serán acaso mi mejor epitafio, pues en verdad, aré lo que pude, pero lo hice en el mar como Bolívar. De tanto repetirla, mi frase se ha convertido en tópico y

hasta los profesores de gramática dan con ella un ejemplo de algo que puede parecer un solecismo sin serio.

Una chalupa penetraba en la rada. Era la nave de José Calandraca. Don Plácido la había visto partir dos días antes cargada hasta los topes de piñas y naranjas. Ya volvería feliz con su ganancia.

Era un milagro que no estuviesen en la playa los suyos esperándolo según lo acostumbraban. Su esposa y las chiquillas estarían visitando a la enferma en la casona cuyo ámbito y traspatio repletarán los oficiosos en espera del fatal desenlace. Debo evitarlo a toda costa.

Bien inclinada hacía babor, la chalupa se acercaba a la costa. Sobre sus lonas hinchidas por el viento brillaban los rojizos fulgores de la tarde. La botavara, calzada por la escota, rozaba el agua. El foque parecía un globo rojo.

Arriaron vela. Llevada por la inercia, la chalupa llegó a la orilla. Clavó la proa en la arena. Saltaron de uno en uno, arremangados, zapatos en mano, a pie descalzo. Descargaron diversos bultos y paquetes sobre la playa y comenzaron la maniobra de ensecar la chalupa deslizándola sobre polines hasta dejarla a buen recaudo sobre el cascajo.

Calzados ya, subieron hasta el sitio en que estaba Plácido.

—¿Qué tal? ¿Hay novedades? —preguntó Catarnica.

—Doña Cris está grave —repuso el médico.

—Si es por el accidente de Marino, traigo buenas noticias —advirtió Calandraca.

—Comunícaselas a la pobre señora. Puede ser que recobre la salud. Se rumora que pronto pela el bollo. Hipólito tiene ya listo el ataúd.

—¿Tan mal está? No es para tanto. Marino no sufrió golpes serios. Por lo pronto, ya ese canalla no se muere. Cayó de bruces como buen nadador. —Calandraca se reía de lo lindo—. Se le descoyuntaron cuatro dedos y sufrió quebraduras en las muñecas. Tuvieron que enyesarle los brazos. Mientras esté impedido de las manos se salvará el erario público. Por algunas semanas es muy posible que no pueda robar.

Siguieron hacia arriba conversando y explicándole a Plácido las peripecias del inquieto Ministro de Fomento.

El tanganazo sufrido por Marino al caerse no había sido muy grave. Después de detenidos y pacientes estudios los médicos pudieron declarar a la prensa que, debido al hecho de hallarse carcomida la techumbre donde cayó, las vigas, al ceder, amortiguaron el golpe de manera que, a excepción de los brazos, el cuerpo del ilustre hombre público sólo sufrió unas cuantas contusiones y el consabido susto. En resumidas cuentas, más había sido el alboroto. El hospital estaba lleno de gente que iba y venía con flores, con mensajes, con felicitaciones. Marino sonreía desde su lecho tal vez considerándose un héroe. Los amigos políticos de él y Talavera tuvieron que alegar y suplicar en lo tocante al honor y a cierto duelo que, dicho sea de paso, no se iba a realizar. El propio Talavera pasó por el pasillo con ceño adusto y a lo mejor armado. Va a matarlo, decían las enfermeras. Pero, qué. No hubo tal. Como buenos políticos, se abrazaron y se quedaron conversando a la buena como si nada hubiera sucedido. Sobre todo porque Marino, con la ayuda de amigos, hizo correr la bola de que la hembra escondida en el gabinete no era la esposa de Celmiro sino su amante Ida Durgel.

—Eso sencillamente es una infamia —dijo don Plácido—. Precisamente ese Domingo de Ramos dimos cristiana sepultura a la interfecta; pero Marino Olaya, que es como Dios lo ha hecho, ni se ha querido dar por enterado pues le importa un comino.

—Es un vergajo —rubricó Catarnica.